poca de yerba en la cabeza y teniendo allí atado un papagayo, y tocándole con la mano hacíale graznar y en oyéndolo otros de su misma especie venían volando al árbol donde le oían y sentábanse a su redonda y el muchacho, con un lazo muy sutil que para el efecto traía puesto en una varilla delgada, echábale sobre la cabeza al papagayo y, cogiéndolo el cuello, le ahogaba y traía hacía sí y echábalo el árbol abajo, y de esta manera mataba tantos cuantos quería y él podía llevar a cuestas cargados.

Procuraban también hacer el vestido de algodón donde hacía frío, y esto tejido; y en la tierra firme, que había bestias y animales por artificiosos modos que tenían para ello, los prendían y cazaban, y de sus cueros y pieles se vestían, y hoy los visten donde los españoles no han llegado, y muy más maravillosamente adobados que en Castilla se adoban los guantes; y en la tierra que llamamos Florida se visten de mantas hechas de pluma y de muy buenas martas adobadas.

CAPÍTULO II. *De las poblazones y ciudades, cuando hayan tenido su origen y principio*

OSA MUY DE RISA SERÍA, y aun argumento muy bastante para quien quisiera hacer burla de este capítulo, querer en él probar que hay pueblos y ciudades en el mundo; pues de que los hay las mismas poblazones son testigos abonados de su misma cierta y averiguada probanza; y así, no negando que las hay (como principio que es demonstrativo en esta materia), confieso ser cosa averiguada haberlas, y por esta razón digo, que mi intención no es querer discurrir por esta manifiesta probanza, tampoco decir que antes de estos presentes siglos las ha habido; porque en los muy atrasados sabemos que han gozado de muchas y diversas, tan célebres y nombradas en el mundo, cuanto por autores antiguos dignos de fe y crédito, por tan elegante estilo, han contado; y presuponiendo este evidente principio, como verdad tan averiguada, decimos que el intento de este capítulo no es sino investigar e inquirir los tiempos en que semejantes poblaciones hayan tenido origen y principio, y después de haber visto su antigüedad, saber los fines que tuvieron los primeros pobladores de ellas.

Ciudad, como el glorioso padre Agustino,[1] en los libros de la *Ciudad de Dios*, dice, es una congregación y ayuntamiento de mucha gente, repartida por barrios y calles, recogida en aquel lugar con vínculo de amistad y paz. Del origen y principio de estos ayuntamientos ha habido varias y diversas opiniones; porque el Filósofo (que tuvo que el mundo fue eterno y que no tuvo principio) dijo también que las poblazones tampoco le tuvieron, cuya opinión fue falsa y la siguieron los caldeos y como falsa aquí no la admitimos. Otra opinión fue de los poetas que fingieron que en aquel siglo dorado, en el cual reinó Saturno, nunca hubo ciudades, sino que después

[1] Div. Aug. de Civ. Dei. tit. 15. q. 8.

de él comenzaron a ser edificadas (aunque será verdad decir, que en aquella tierra que él reinó, después de su huida de Atenas, que fue Italia, no las había como en otro lugar veremos), pero será falso decir que antes de él no las hubiese en el mundo. También es falsa la de los egipcios que dieron nueve mil años de antigüedad a la ciudad donde nació Solón (como dice Platón en su *Timeo,* haberlo afirmado así un su sacerdote gentil y bárbaro, hasta que Solón floreció), por razón que hasta aquel punto no había más de tres mil y quinientos años (pocos menos) la creación y fábrica del mundo. La cuarta opinión fue de los griegos y otros muchos que dijeron haber sido la primera ciudad fundada en el mundo por Cecrope; y esto afirma Plinio,[2] y que por esta razón fue llamada Cecrópea y después Acropolin; y otros que dijeron que la primera del universo había sido la ciudad Argos, fundada por Phoroneo, rey de los argivos, en la provincia de Acaya, habiendo sido todos éstos muchos años después del Diluvio; y fue este último contemporáneo de Jacob patriarca, y el primero del tiempo de Moisén. Otra fue de los egipcios que falsamente dijeron haber sido la ciudad de Diospolin (que por otro nombre se llamó Tebas) la primera del mundo, siendo cosa cierta que los egipcios son descendientes de Mefraín, nieto de Noé, el cual con los suyos poblaron la tierra de Egipto después de la dispersión y división de las gentes en la confusión de lenguas en la torre de Babel; pero el primero que inventó el muro, dice Plinio[3] que se llamaba Trason, que por ventura fue aquel pintor de quien habla Estrabón.[4] Y las torres, dice Aristóteles (según refiere Plinio) que las inventaron los cíclopes o fenices.

Dejadas pues opiniones falsas digo que la primera ciudad que hubo en el mundo fue fundada por Caín, primogénito del primer padre Adán (como la Sagrada Escritura nos lo dice en el *Génesis*) donde dice que andando vagueando por diversas tierras edificó una ciudad, a la cual puso por nombre Enochia, de su hijo Enoch. Esta ciudad (como dice Beroso) fue edificada cerca del monte Líbano, que cae a la parte de oriente, respecto de la región damacena; pero Isidoro dice que fundó esta ciudad en la India con sola la gente de su posteridad y descendencia, y que fue una muy populosa e insigne ciudad y morada de los gigantes; y dice más, que aún en su tiempo se veían en aquel sitio donde fue fundada muchas ruinas de edificios caídos y asolados y que los moradores comarcanos de aquel lugar le llamaban la ciudad de Caín; y dice haber oído esto a los mercaderes y peregrinos que conversaban y trataban en aquellos lugares de Damasco y Líbano.[5]

De manera que según esto, la fundación de las ciudades es casi tan antigua como la creación del mundo; y aunque parezca hacer esto dificultad, por razón de que en tiempo de Caín no había más gente que Adán su padre y Eva su madre y la mujer de Caín y su hijo Enoch (de quien tomó nombre la ciudad) y que ciudad no puede nombrarse de poca gente, pues

[2] Lib. 7. cap. 56.
[3] Lib. 14.
[4] Strab. lib. 17.
[5] Genes. 4. Et Ioseph. lib. 1. cap. 4. de Antiq. Et. Div Aug. lib. 15. de Civ. Dei. cap. 1. Et 5. Et Div. Isidor. lib. 15. cap. 1. Ethymol.

ha de constar de mucha, demás de que Caín andaba apartado de sus padres y por esta razón aún era mucho menor el número, pues no eran más que tres (conviene a saber, Caín, su mujer y su hijo Enoch), parece (como digo) hacer dificultad que entonces pudiese fundarse; pero para sacar de duda al que la tuviere, responde San Agustín en el libro citado y otros muchos que concuerdan con él, que no luego al principio del mundo sucedió esta fundación sino muchos años después, porque dado caso que Enoch fuese su primogénito (como en realidad de verdad lo era, y así lo dice Josepho,[6] y es opinión y razón muy más probable que otras) no luego, que en su mocedad lo engendró, fundó la ciudad, porque faltaba gente por lo dicho arriba para su fundación, sino que en su vejez (conviene a saber) a los quinientos o seiscientos años de su vida la fundó, en el cual tiempo, es cosa muy creíble, habría ya mucho número de gente (al menos suficiente) para poder fundarla, y según la fecundidad de la gente en el principio del mundo y lo mucho que multiplicaban no es dificultoso de creer que habría gente ya en aquellos años, no solamente para fundar la ciudad de Enochia, pero para hacer provincia en ciudades y pueblos repartida. Y para que el lector no lo dificulte le traigo a la memoria la multitud de gente del pueblo de Israel, y aquella su larga y extendida propagación y multiplicación en Egipto, que siendo descendientes de un solo padre, Abraham, en menos de cuatrocientos años de tiempo se multiplicaron los hebreos en tan excesivo número, que dice la Escritura que salieron al desierto en busca de la tierra de promisión seiscientos mil hombres; y esto se entiende los que podían tomar armas para pelear, sin los niños, mujeres, viejos y viejas y sin la gente que en el mismo destierro murieron en aquellos cuarenta años que anduvieron vagando por él. Dice la Sagrada Escritura,[7] que ninguno que salió de Egipto (si no fueron Cabeph y Josué) no entraron otros en la tierra prometida y entró el número referido; y siendo este tiempo ciento o doscientos años menos que los referidos arriba de Caín y habiendo multiplicado tanto, de creer es que en aquel primero sería mucho más el número; y si a esto se dijere que ésta fue voluntad de Dios y que fue por mostrar sus maravillas y por ilustrar aquel pueblo, que había escogido para sí, de donde había de tomar carne humana, digo que lo mismo pretendió en los primeros tiempos del mundo; pues uno de sus cuidados fue querer que se multiplicasen los hombres y extendiesen por la tierra las gentes, como lo expresó en la creación de Adán dándole mujer, y le dijo: multiplicad y enchid las tierras;[8] y hay más que encarecer en aquellos primeros tiempos que el vigor y fortaleza de los hombres era más antes del Diluvio que lo fue después; que esto también era muy grande ayuda para lo dicho y es razón bastante para pensar que se multiplicaban entonces en más crecido número que después, porque fue la naturaleza desflaqueciendo y descayendo sus vigorosos y fuertes principios; y por esta razón fue más poderosa entonces para poder dar abasto al mundo de hombres que hinchesen y

[6] Lib. 1. de Antiq.
[7] Exod. 1. num. 1.
[8] Genes. 1.

poblasen villas y ciudades, como la primera que fundó Caín, de donde tomaron fundamento para edificarlas después y en el mismo tiempo.

Qué razón haya tenido Caín para fundar ciudad no se sabe, sólo se puede conjeturar de dichos y parecer de sabios que hubiese sido por asegurarse de sus enemigos y gente que podían hacerle mal, porque como fratricida que era, por haber muerto a su hermano Abel, le parecía que este pecado había de llegar a tener castigo y digna recompensa de su malicia, y que esto no podía ser por otro medio más cierto que por muerte violenta como él la había dado a su hermano, y que era fácil andando vagabundo por montes y desiertos y que con más seguridad podía excusar estos temores viviendo en compañía y comunidad donde las cosas (y más de mal) no tan fácilmente se ponen en ejecución con temor de que se han de saber y ha de llegar el castigo de ellas; y con este pensamiento pudo ser que se recogiese con toda su gente al lugar arriba referido. Y no deja de tener Caín algún fundamento para querer repararse y huir de la muerte por este modo; porque sabía que su padre Adán la había querido excusar cuando Dios vino sobre él, en el paraíso, pidiéndole razón de la culpa que había cometido quebrantando su mandamiento, y se escondió entre lo espeso del deleitoso lugar (como que para Dios hubiese lugar[9] que sea oculto ni escondido), y así como al padre entre árboles le pareció estar seguro, así al hijo le parecería estarlo entre muros de ciudad y cercado de ellos; o pudo ser (ya que no hubiese sido la razón dicha), por ventura, por recoger en un lugar todos los suyos y vivir con ellos en aquel sitio siendo como padre y cabeza de todos ellos. Otra se puede creer, que fue ser él mal inclinado (como lo era) porque, según dice de él Josepho, era robador; y no contentándose con la hacienda propia que tenía, procuraba aplicarse la ajena y era salteador, robador y maestro de otros, que de él aprendieron este oficio; y por vivir más suelta y libremente sin tener daños ni peligros inventó la ciudad, donde con seguridad pudiese recoger lo que por violencia y rapiña a otros había quitado. Estas razones se aplican a Caín y pudo ser que aun en alguna manera le cuadren, ya que no le convengan en el todo; pero la razón (aunque tuviese otro de los motivos que después diremos) porque no se le aplican, pienso que es ser él tan malo como era y parecer que hombre tan malo no pudo pensar cosa buena. Platón (que entre otras cosas que trató de *República* fue una ésta) dijo en su *Protágora* que una de las más principales causas que tuvieron los hombres en fundar y edificar ciudades fue defenderse de la rabia y ferocidad de las bestias. Pero Aristóteles que lo trató muy largamente y con discurso de hombre prudente y sabio, en el libro primero de sus *Políticas*, dijo: que la razón que tuvo el hombre para congregarse es ser más sociable y amigo de compañía que los animales que carecen de razón; y si el animal, que no tiene uso de razón, busca su semejante y con él se abriga y ampara para conservarse en su especie (como también dijo Tulio)[10] mucho más el hombre; y no hay modo mejor ni más proprio para traer a debida ejecución este intento que la co-

[9] Genes. 3.
[10] Tul. lib. 1.

municación y congregación, porque (como el mismo Cicerón dijo en el lugar citado) tiene inclinación de conservar su cuerpo y tener mucho cuidado con la vida, buscando medios como acrecentarla; huye de todo aquello que le puede causar daño; aplícase a las cosas que le son provechosas para su bien y remedio; busca el sustento y el lugar más dispuesto y acomodado para pasar con descanso la vida. Y prosigue tras esto el Filósofo, en el lugar antes dicho, que la razón y la experiencia hallaron ser la vida de comunidad muy más propia para los deleites humanos que la solitaria, y que entre muchos se halla más fácilmente lo necesario que en la soledad, por haber de todo; y esto tuvieron por principal motivo los hombres para principiarlas y edificarlas en número cuantioso de gente. Añade más el Filósofo: que a los principios comenzaron esta vida social y acompañada en casas particulares; y después en barrios que según, San Isidoro en sus *Etymologías,* es congregación de gente poca, en pocas casas y es una parentela que ha crecido y héchose de uno muchos y pobládose de una casa muchas y constituídose de una vecindad de hijos y nietos, según el Filosofo; y en comprobación de esto dice Ludovico Vives, en sus *Comentarios* sobre los libros de la *Ciudad de Dios,*[11] haber en España, en memoria de sus padres, un barrio de cuasi cien casas, procedientes todas de un solo viejo, que aún a la sazón vivía, y era el barrio todo de este linaje; de manera que de linajes se comenzaron los barrios, aunque después, con crecer y multiplicarse las gentes, debió de hacerse de diversas familias. Llama San Isidoro en sus *Etymologías,*[12] al barrio de este nombre por ser casas pocas aunque sean de diversas familias, el cual no está cercado de muro y que después creció el número y trocó el nombre en el de ciudad (que es congregación de muchos barrios). Que esto haya sido por este orden no se sabe (como lo dice el Filósofo), pero lo muy cierto es que comenzó el mundo por casas, ya de piedra o otros materiales semejantes, y que está lleno de lugares, aldeas, villas y ciudades, y de esta manera se conserva en estos presentes siglos que lo gozamos.

Este estilo tan antiguo y general que en el mundo todas las gentes han tenido, conservándose en sus familias y congregaciones, hallamos haber usado estas indianas naciones tan derramadas y extendidas por este inmenso y nuevo mundo, donde estaban de muchos años congregados en pueblos y ciudades tan grandes y numerosas que parece espanto querer contarlo, y como la ciudad conste de casas, que es el primero o segundo elemento de la ciudad (como dice el Filósofo)[13] y las casas de materiales y cada nación use de ellos como más puede y mejor sabe, estos indios hacían las suyas según la región que habitaban y conforme a la experiencia que tenían de las necesidades que ocurrían, de manera que fuesen fuertes, convenientes, provechosas, curiosas y muy bien edificadas.

Los vecinos de la Isla Española y de las demás islas comarcanas y aun parte de la tierra firme hacia la costa de Paria y en otras algunas partes

[11] Lib. 1. Polit. cap. 1. Ludov. sup. lib. 15. de Civit. cap. 8.
[12] Div. Isidor. lib. 15. cap. 2.
[13] Lib. 1. Polit. cap. 2.

hacían sus casas de madera y paja de la forma y hechura de una campana. Éstas eran muy altas y muy capaces que moraban en cada una de ellas diez y más vecinos. Su hechura era de esta manera: hincaban los palos gruesos (como el gruesor de la pierna y muslo) en un círculo redondo, medio estado en hondo y muy espesos, y todos ellos venían a juntarse en lo alto donde los ataban con ciertos cordeles (como raíces de árboles largas que se llaman bejucos). Sobre aquellos primeros palos ponían al través y cruzados otros muchos delgados y muy atados con aquellas raíces (o bejucos) y de estas raíces y cortezas de árboles, teñidas con tinta negra, y otras desolladas que quedaban blancas hacían lazos y señales o follajes como pinturas por la parte de dentro, que no parecía sino que eran de otra hermosa y pintada materia. Otras adornaban con carrizos mondados y muy blancos (que son unas cañas muy delgadas y delicadas) y de ellas hacían sus labores y lazos y tan graciosamente sentadas y entretejidas que parecían pintadas las casas. Por de fuera cubríanlas de paja muy delgada, muy hermosa y odorífera (que por entonces la había en aquellas partes, aunque ya por la mucha abundancia de ganados se ha destruido y no la hay) y se vido casa de éstas hecha de indios, que vendió un español a otro por seiscientos castellanos o pesos de oro, que cada una valía cuatrocientos y cincuenta maravedís; y esto lo afirma un testigo fidedigno y lo he referido para que se vea cuán cumplida y bien obrada era, pues tanto valía y se dio por ella y que a este respecto se consideren las otras sus semejantes.

En esta Nueva España y por más de quinientas leguas al derredor de Mexico hacían los naturales sus casas de adobes y piedra y su techo de madera y de cantería, muchas (como después se verá) y en Yucatán y en la Florida y Cibola. En el Pirú de gran cantería y cuasi como fortalezas muy fuertes, y muchas de edificios admirables, como también se dirá en su proprio lugar.

CAPÍTULO III. *De cómo en este indiano mundo, nuevamente descubierto, poblaban las gentes de algunas provincias e islas, y de su pacífica y quieta asistencia y morada*

SI QUISIÉRAMOS PROBAR QUE LAS GENTES de este gran reino de las Indias tenían pueblos, lugares grandes, villas y ciudades y otras comunidades como otras políticas gentes, no será necesario traer testigos del cielo, que bastarán hombres de la tierra, y de éstos podemos presentar, en la ocasión presente, a todos aquellos primeros españoles que vinieron a él y gozaron de su primera vista; y si por haber ya pasado y muerto pareciere la alegación dudosa, presento los que al presente viven; pues lo pueden ser de haberlos visto tan grandiosos y llenos de gente, que ha puesto en admiración su muchedumbre; y de esta feria (como dicen) podrán contar los conquistadores y los que los han heredado en las posesiones y suce-